

Caminos de formación para los novios: el noviazgo como *Sequela Christi*

P. Leopoldo Vives Soto

*Profesor de Teología del Sacramento del Matrimonio y Pastoral Familiar
Pontificio Instituto Juan Pablo II*

En el marco de la misión evangelizadora de la Iglesia, la educación al amor aparece sin duda como una labor urgente al mismo tiempo que apasionante. Aquí nos proponemos una reflexión sobre los caminos de formación para aquellos que se preparan al matrimonio cristiano. Quisiera destacar la importancia de esta formulación: por una parte, es necesario ofrecer caminos; pero es también necesario que estos caminos ayuden efectivamente a la formación de las personas. En efecto, para tener un matrimonio cristiano necesitamos un sujeto cristiano, alguien que ha integrado profundamente la fe en su vida, y para quien la persona de Jesucristo es la luz que ilumina sus pasos, le muestra la meta hacia la que caminar y así da sentido a su vida.

En este sentido son muy clarificadoras las palabras de Benedicto XVI en su primera encíclica: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹.

Es decir, el sujeto cristiano se construye por un encuentro vivo con Jesucristo, que convierte la propia vida en un camino, en una *sequela Christi*². No es, por tanto, un mero encuentro superficial o momentáneo, sino una

¹ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

² Cf. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, 19 (citamos como VS).

experiencia en que Cristo mismo se nos propone como meta y así orienta nuestra vida en un modo nuevo.

Pero este encuentro con Cristo tiene otra peculiaridad: no sólo hace que nuestra vida comience a ser una *sequela Christi* sino que, en este seguimiento, Cristo mismo se hace nuestro camino. Como dice Santo Tomás de Aquino en un bello texto: «Cristo en persona es el camino, por esto dice: Yo soy el camino. Lo cual tiene una explicación muy verdadera, ya que por medio de él podemos acercarnos al Padre [...] Cristo es el camino para llegar al conocimiento de la verdad, con todo y que él mismo en persona es la verdad [...] Si buscas, pues, por dónde has de ir, acoge en ti a Cristo, porque él es el camino: éste es el camino, camina por él»³.

Si Cristo es el camino, la verdad y la vida, podríamos preguntar a los jóvenes si su noviazgo es un camino que pasa por Cristo, si Cristo está en el centro de su noviazgo. Nosotros mismos podemos preguntarnos si Cristo es nuestro camino, si de verdad El está en el centro de nuestra vida.

Para reflexionar sobre este encuentro con Cristo en que El mismo se convierte en nuestro camino –y como nos ocupa aquí, especialmente para los novios– nos serviremos del pasaje evangélico del joven rico, inspirándonos en el comentario que Juan Pablo II hace en el primer capítulo de su encíclica *Veritatis splendor*⁴. Los jóvenes se acercan también hoy a Jesús para preguntarle por el bien y la verdad, por el modo de encontrar el “amor hermoso” y así no perder aquella felicidad que el amor les promete.

1. La pregunta a Jesucristo por la verdad del amor

En efecto, la pregunta del joven rico: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?» (*Mt 19,16*), es también la pregunta de tantos jóvenes que se acercan a Jesús para preguntarle por la verdad de su amor. Como bien señala Juan Pablo II, «para el joven, más que una pregunta sobre las reglas que hay que observar, es una *pregunta de pleno significado para la*

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Comentario sobre el evangelio de san Juan*, Cap. 14, lec. 21.

⁴ VS 16-20.

vida. En efecto, ésta es la aspiración central de toda decisión y de toda acción humana, la búsqueda secreta y el impulso íntimo que mueve la libertad. Esta pregunta es, en última instancia, un llamamiento al Bien absoluto que nos atrae y nos llama hacia sí; es el eco de la llamada de Dios, origen y fin de la vida del hombre»⁵.

Este deseo de una felicidad perfecta se experimenta con una particular intensidad en el enamoramiento, en que parece que los cimientos mismos de la persona se ven sacudidos por la experiencia amorosa. Cuando uno se enamora experimenta la belleza del otro, la bondad de la propia vida y un ardiente deseo, que brota desde lo más profundo del corazón, de una felicidad más plena que ya empieza a gustar.

La experiencia del amor supone entonces una novedad radical para nuestra vida. Se percibe entonces que en el amor se pone en juego el sentido de nuestra vida y surge una pregunta fundamental: ¿Cuál es el camino para alcanzar esta felicidad que se ha saboreado? ¿Puede la sexualidad efectivamente llevarnos a Dios? ¿Qué relación hay entre sexualidad y amor divino? ¿Hay un camino que me puede apartar de Dios y de la verdad del amor? O ¿no queda más bien el camino del hombre al arbitrio de su libertad, siendo él quien escoge libremente el modo de vivir el amor y la sexualidad?

Es entonces cuando, retomando el discurso de Juan Pablo II en la *Veritatis splendor*, «desde la profundidad del corazón surge la pregunta que el joven rico dirige a Jesús de Nazaret: *una pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre*, pues se refiere al bien moral que hay que practicar y a la vida eterna. El interlocutor de Jesús intuye que hay una conexión entre el bien moral y el pleno cumplimiento del propio destino»⁶ ().

A continuación vamos a analizar dos respuestas a esta pregunta. Veremos primero la respuesta de nuestra sociedad, del pensamiento “socialmente correcto”, lo que Zigmunt Bauman llama “el amor líquido”, y cuáles son para la persona las consecuencias de la exaltación de la autonomía personal y la

⁵ VS 7.

⁶ VS 8.

negación de una verdad que dirija la libertad. Presentaremos después la respuesta de la antropología cristiana, en la que el cuerpo juega un papel fundamental porque aparece como el lugar donde el amor se encuentra con la verdad de la persona.

2. El “amor líquido” y la crisis del sujeto

Ante la pregunta que surge sobre el sentido de la propia vida en la experiencia del amor, se propone con frecuencia el propio sentimiento como principio absoluto de discernimiento, y la libertad personal como el criterio definitivo para nuestra realización personal.

La persona, si quiere realizarse y ser feliz debe liberarse de prejuicios y ataduras para vivir el amor conforme a la espontaneidad que le es propia. Nada de vínculos “sólidos”, nada de normas morales, nada de límites impuestos desde fuera. Es la sinceridad del sentimiento la que debe guiar a la persona. Tenemos así lo que Bauman ha llamado el «amor líquido»⁷, un amor que es capaz de adaptarse a cualquier situación, gracias a su propiedad de ser líquido, fluido, capaz de acomodarse a nuevos recipientes. Nada por tanto de compromisos ni vínculos estables.

El “amor líquido” se propone como una relación ágil, fluida, veloz, cambiante. Se renuncia a encontrar en la relación amorosa algo más estable que la satisfacción sexual o afectiva. Uno vive su relación mientras es satisfactoria, pero cuando deja de serlo tiene la capacidad de abandonarla y buscar otra que le convenga más. El amor se reduce, entonces, a una relación comercial: la relación de pareja es un bien al que tengo derecho y que escojo o abandono conforme encuentro una relación que me produzca mayor satisfacción. El amor, por ser “líquido” es capaz de adaptarse a la nueva situación, y su fluidez asegura que no quede nada consistente de la relación anterior ni nada le ate en la relación presente.

⁷ Z. BAUMAN, *Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Fondo de cultura económica de España, Madrid 2005.

Esta concepción "líquida" de la relación entre personas se basa en una afirmación radical de la autonomía de la persona y el carácter absoluto de su capacidad de elegir. Lo fundamental entonces es –según el análisis de Bauman– «el derecho de los individuos a ser diversos y elegir y adoptar a placer los propios modelos de felicidad y un estilo de vida que les sea adecuado»⁸.

Esta manera de comprender el amor se enraíza en una cultura que niega una verdad objetiva sobre el hombre (relativismo antropológico) y por tanto de un bien y un mal objetivos (relativismo moral). Se pretende que la misma sexualidad es un mero hecho biológico que puede ser interpretado libremente por el sujeto (ideología de género). Se proponen los propios sentimientos como criterio de discernimiento moral (emotivismo). Esta comprensión de las emociones y los sentimientos lleva también a lo que algunos autores llaman el "analfabetismo afectivo"⁹ que implica la incapacidad de "leer" y por tanto "comprender" las propias emociones y de «hablar» o expresar los propios sentimientos. Tenemos así un «sujeto débil»¹⁰, incapaz de vivir el amor y de construir una comunión.

¿Qué horizonte se abre para este sujeto débil, así configurado? En primer lugar, «la dificultad interna para reconocer y realizar en plenitud la vocación al amor que es la raíz originaria de toda moralidad»¹¹. Sin referencias a un sentido para la propia vida, «la persona se comprende a sí misma de modo fragmentado, caótico, en un entrecruzarse de fuerzas biológicas, emociones, opiniones en medio de deseos encontrados, que llega a confundir con su libertad»¹². Incapaz de relaciones personales, el sujeto se encuentra con la soledad, la amargura, la falta de esperanza y de sentido en la propia vida.

⁸ Z. BAUMAN, *Modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, Méjico 2002.

⁹ Cf. L. MELINA, *Por una cultura de la familia*, 65; A. OLIVEIRO, *Raggione e passione nelle emozioni*, en *Psicologia* 130 (1995), 52 ss.

¹⁰ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la Pastoral Familiar de la Iglesia en España*, Madrid, EDICE 2003, n° 19 (Citaremos como DPF).

¹¹ *Ibíd.*

¹² CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, Madrid, EDICE 2001, n° 24 (Citaremos como FSV).

Sin una verdad que funda la vida más allá de la sucesión de emociones y estados afectivos, sin una meta que la orienta y da sentido, el sujeto experimenta una falta de fundamentos y por consiguiente inseguridad, desaliento y un profundo temor al futuro y a todo tipo de compromiso perdurable¹³.

Nos encontramos, entonces, con el fracaso de muchos matrimonios, con tantas personas que no quieren asumir un proyecto de por vida sino que optan por la convivencia, o que vienen afrontan el matrimonio con unas disposiciones precarias. Hoy nos encontramos con la paradoja de que se habla mucho del amor, y al mismo tiempo el verdadero amor, el que el corazón del hombre sueña, parece imposible.

En este contexto se comprenden las palabras de D. Livio Melina, presidente del Instituto Juan Pablo II de estudios sobre matrimonio y familia, fundado por el mismo Juan Pablo II el día que sufrió el atentado: «hoy el recorrido que permite encontrar el amor y aprender a amar es particularmente arduo, sobre todo para los jóvenes. Hay obstáculos nuevos e inéditos, que es preciso reconocer con lucidez. La empresa de enseñar/aprender a amar exige ser colocada dentro de un desafío epocal, de dimensiones realmente imponentes»¹⁴.

La solución a esta situación sólo puede venir desde la experiencia del amor de Dios que ilumina en modo decisivo la experiencia humana del amor. Es el encuentro con la persona viva de Jesucristo «que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»¹⁵. Esta experiencia del amor de Dios nos hace descubrir la verdad originaria de nuestra propia vida y la vocación que le da sentido¹⁶. La vocación al amor se descubre entonces no como una pretensión inalcanzable por el sujeto, sino primeramente como un don: «en esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1

¹³ Cf. DPF 19

¹⁴ L. MELINA, *Por una cultura de la familia*, Edicep, Valencia 2009, 64.

¹⁵ BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1 (citamos como DCE).

¹⁶ «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1).

Jn 4,10). Por ello, «el amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios»¹⁷. Esta experiencia del amor de Dios –como en el caso de Josefina Bakhita que nos relata Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*– se convierte en fuente de esperanza, en la «gran esperanza» que permite al hombre construir su vida y no ceder ante las dificultades e incluso los fracasos: «La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”»¹⁸.

3. El noviazgo como camino eclesial de formación

Esta esperanza se funda en la caridad divina y en la verdad de la creación del hombre. La formación del sujeto cristiano supone ayudarlo a reconocer la experiencia del amor de Dios y a comprender su significado, que remite siempre a la verdad originaria de la persona: creado como varón y mujer a imagen y semejanza de Dios.

Esta es precisamente la perspectiva desde la que el *Directorio de Pastoral Familiar* español trata el tiempo del noviazgo, que define como «el tiempo de gracia en el que la persona descubre la vocación específica del matrimonio y se orienta hacia ella»¹⁹. Es, por tanto, «el momento de una formación más particular sobre el *descubrimiento concreto de la vocación matrimonial y sus notas características*, sobre los aspectos necesarios para responder a la misma y para *prepararse a asumir las responsabilidades* que conlleva el matrimonio. Se trata de conseguir una disposición que lleve a una celebración y posterior vivencia del matrimonio con las *debidas disposiciones morales y espirituales*»²⁰.

El noviazgo se comprende entonces como un proceso formativo, en el que colaboran la familia y la comunidad eclesial, donde el varón y la mujer, descubriendo su vocación al amor y conociendo la verdad del amor humano, con la ayuda de la gracia, podrán prepararse adecuadamente para formar una familia cristiana.

¹⁷ DCE 39.

¹⁸ BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 27.

¹⁹ DPF 95.

²⁰ DPF 96.

Los obispos españoles insisten en la necesidad de que sea una formación integral, en que las personas consigan integrar fe y vida, de modo que el propio proyecto de vida y la fe encuentren unidad. Para ello el comprender el matrimonio como una vocación en la Iglesia es muy importante. En concreto, los obispos españoles proponen como temas a tratar en la formación de los novios²¹:

- el sentido del matrimonio como llamada a la santidad;
- la dignidad, misión y ejercicio del amor conyugal;
- el significado y alcance de la paternidad responsable, con los conocimientos médico-biológicos y morales que están en relación con ella;
- el conocimiento de los elementos necesarios para una ordenada conducción de la familia en lo que respecta a la educación de los hijos, sabia administración del hogar, etc.;
- la grandeza de la misión de la familia como “santuario de la vida”.

Sin embargo, no son estas disposiciones las que encontramos en los Cursos de Preparación al Matrimonio, sino más bien personas con una fe muy débil, sin experiencia de pertenencia a la Iglesia y sin vida sacramental ni cristiana. En esta situación, los Cursos de Preparación al Matrimonio aparecen como una acción puntual y muchas veces “de emergencia”, y por tanto insuficientes.

Pero seamos positivos: estos cursos son necesarios y además podemos decir que en general se hacen bien. En su gran mayoría, los novios, que venían simplemente a cumplir una formalidad tienen una experiencia muy positiva de la Iglesia y se alegran de haber participado. A pesar de ello, la impresión que queda es, tomando la imagen de la parábola evangélica del sembrador, que hemos sembrado entre zarzas. En efecto, los afanes de la preparación de la boda, de preparar el futuro hogar, los horarios de trabajo exigentes acaban devorando las buenas intenciones de tantos novios que encontraron en la acogida eclesial una ayuda para su futuro matrimonio.

Siguiendo con la parábola del sembrador, nos encontramos con que también parte de la semilla cae en tierra buena. En la experiencia de los Cursos de Preparación al Matrimonio algunos novios comprenden que tienen una ayuda para su futuro matrimonio. Quieren con todo su corazón tener éxito en su

²¹ DPF 98.

amor, pero tienen también la experiencia a veces cercana de otros matrimonios que no lo han conseguido. Por ello, acuden a la Iglesia para que les ayude en su matrimonio. Especialmente es significativa para ellos la relación con aquellos matrimonios que los acompañaron en la preparación al matrimonio, y cuyo testimonio de vida se convierte en una referencia para el camino de los recién casados.

Nunca es tarde para comenzar un camino de acompañamiento, pero podemos también comprender la importancia de que estos caminos de formación se ofrezcan antes, de modo que se llegue a la celebración del matrimonio y a la vida familiar con unas disposiciones cristianas ya maduras.

En el acompañamiento eclesial a los novios, ya sea desde experiencias de pastoral juvenil, integración en movimientos, itinerarios propios para novios o grupos parroquiales, se debe ofrecer, por una parte, una experiencia de pertenencia a la Iglesia, que permita radicar la propia vida en la fe. Pero también debe anunciarse de modo concreto el “evangelio del amor”, el “amor hermoso” al que Dios nos llama y que aparece entonces como una hermosa vocación que abre a los novios el horizonte de una vida llena de sentido que pueden construir juntos²².

Es cierto que aquellos novios que están en algún grupo cristiano o movimiento eclesial suelen encontrar –conforme al propio carisma de su camino eclesial– una formación específica de cara al matrimonio. No obstante, esta experiencia de “itinerarios de fe para novios” tal como los obispos españoles proponen en el *Directorio de Pastoral Familiar* no se está desarrollando como tal. Por ello puede ser oportuno continuar reflexionando sobre estos “itinerarios de fe para novios” como caminos de formación, de modo que lleguen a formar parte de la vida cristiana de los jóvenes en nuestras comunidades cristianas. Para ello, retomamos ahora el diálogo de Jesús con el joven rico, para ver cómo el encuentro con Cristo puede abrir a los novios un nuevo camino, o mejor dicho, cómo Cristo mismo debe hacerse camino para los novios en la búsqueda de la plenitud de su amor.

²² Cf. DPF 106-107.

4. «Ven y sígueme». Jesucristo, camino de los novios

Más arriba nos hicimos eco de la pregunta con que comienza el diálogo de Jesús con el joven rico: «Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?» (*Mt 19,16*). Hemos visto cómo esta pregunta puede expresar la pregunta que los novios hacen a Jesucristo sobre la verdad de su propio amor, y cuál es el camino por el que llegar a vivirlo en plenitud.

Los novios, como hemos visto, pueden percibir en su amor la pregunta por el sentido de la propia vida, y por tanto de lo que es bueno para ellos. A ellos también Jesús les muestra el camino del bien: «¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios» (*Mc 10,18*).

Comentando esta respuesta de Jesús, Juan Pablo II dice: «Sólo Dios puede responder a la pregunta sobre el bien, porque El es el Bien. En efecto, interrogarse sobre el bien significa en último término dirigirse a Dios, que es plenitud de la bondad. Jesús muestra que la pregunta del joven es en realidad una pregunta religiosa y que la bondad, que atrae y al mismo tiempo vincula al hombre, tiene su fuente en Dios, más aún, es Dios mismo: Aquél que sólo es digno de ser amado "con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente" (cf. *Mt 22,37*), Aquel que es la fuente de la felicidad del hombre. Jesús relaciona la cuestión de la acción moralmente buena con sus raíces religiosas, con el reconocimiento de Dios, única bondad, plenitud de la vida, término último del obrar humano, felicidad perfecta»²³.

Esta pregunta sobre el bien moral va unida, incluso en el mismo capítulo del evangelio, a la pregunta sobre la verdad del amor humano (cf. *Mt 19,1-11*; *Mc 10,1-12*): «Se le acercaron unos fariseos que, para ponerle a prueba, le dijeron: "¿Puede uno repudiar a su mujer por un motivo cualquiera?"» (*Mt 19,3*).

La respuesta que Jesús da en este caso remite al designio creador de Dios y a la verdad de la creación: «¿No habéis leído que el Creador, desde el comienzo, los hizo varón y hembra, y que dijo: Por eso dejará el hombre a su

²³ VS 9.

padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne?» (Mt 19,4-5). Esta respuesta es decisiva también para los novios que preguntan sobre la verdad y la bondad de su amor.

En efecto, el amor no es un sentimiento caprichoso que surge de modo irracional y descontrolado, sino que tiene su raíz en el mismo ser del hombre, creado como varón y mujer a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,27). Juan Pablo II nos lo dice con profundidad y belleza:

«El hecho de que el ser humano, creado como hombre y mujer, sea imagen de Dios no significa solamente que cada uno de ellos individualmente es semejante a Dios como ser racional y libre; significa además que el hombre y la mujer, creados como “unidad de los dos” en su común humanidad, están llamados a vivir una comunión de amor y, de este modo, reflejar en el mundo la comunión de amor que se da en Dios, por la que las tres Personas se aman en el íntimo misterio de la única vida divina»²⁴.

Esta es la verdad del amor humano, que lo enraíza en el misterio íntimo de la vida divina. El varón y la mujer, en todo su ser corpóreo-espiritual masculino o femenino están llamados al amor, y a un amor modelado sobre el amor divino. Estas palabras de Juan Pablo II son como una explicación de lo que más tarde afirma Benedicto XVI: «entre el amor y lo divino existe una cierta relación: el amor promete infinidad, eternidad, una realidad más grande y completamente distinta de nuestra existencia cotidiana»²⁵. Por tanto, la verdad del amor humano está en su ser imagen y semejanza de la comunión de amor trinitaria. Y es una verdad que está inscrita en la propia corporeidad. Es la verdad del “principio” a la que se refiere Jesús en su respuesta a los fariseos.

En cierto modo podemos afirmar que cada vez que un hombre se enamora, resuena en su corazón como un eco de aquella exclamación gozosa de Adán: «Entonces éste exclamó: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada”. Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne» (Gen 2,23-24). Este eco en el corazón de aquel amor

²⁴ JUAN PABLO II, *Mulieris dignitatem*, 7.

²⁵ DCE 5.

originario nos hace gustar al mismo tiempo el gozo de la inocencia y de aquella cercanía con Dios propias del paraíso, cuando Dios bajaba por la tarde a pasear con el hombre.

Ahora bien, aquella inocencia originaria se perdió con el pecado original. En efecto, Dios ya no baja a la hora de la brisa para encontrarse con el hombre. ¿Significa esto que hemos quedado privados de aquella fuente originaria del amor?

Sabemos la respuesta: Dios no baja a la hora de la brisa, sino mucho más. Dios se ha hecho hombre y se ha introducido en la historia humana en primera persona. Podemos salir, como el joven rico o los fariseos al camino y encontrar a Jesús. Es más, Jesucristo mismo, en el misterio de su encarnación, se ha hecho camino para el hombre. Como dice bellamente San Agustín,

«Yo buscaba el camino para adquirir un vigor que me hiciera capaz de gozar de ti, y no lo encontraba, hasta que me abracé al mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, el que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos, que me llamaba y me decía: Yo soy el camino de la verdad, y la vida, y el que mezcla aquel alimento, que yo no podía asimilar, con la carne, ya que la Palabra se hizo carne, para que, en atención a nuestro estado de infancia, se convirtiera en leche tu sabiduría por la que creaste todas las cosas»²⁶.

Jesucristo es el camino para todo hombre, también para los novios, porque nos revela en plenitud el amor de Dios, de modo que en Cristo encontramos la verdad última del amor y por tanto su verdadera orientación. Así nos lo recuerda Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*:

«Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar»²⁷.

²⁶ S. AGUSTÍN, *Confesiones* 7,18.

²⁷ DCE 12.

Cristo crucificado revela la verdad del amor, es la luz definitiva que ilumina el amor humano. Los novios podrán vivir la plenitud de su amor, alcanzar aquella felicidad que la experiencia del enamoramiento les promete en la medida en que vivan con aquella misma actitud de entrega y sacrificio de Cristo. «¿Cómo se debe vivir el amor para que se realice plenamente su promesa humana y divina? –se pregunta Benedicto XVI– [...] Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca [...] Ciertamente, el amor es “éxtasis”, pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: “El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará” (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya que, con algunas variantes, se repite en los Evangelios (cf. Mt 10, 39; 16, 25; Mc 8, 35; Lc 9, 24; Jn 12, 25). Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario, que a través de la cruz lo lleva a la resurrección: el camino del grano de trigo que cae en tierra y muere, dando así fruto abundante. Describe también, partiendo de su sacrificio personal y del amor que en éste llega a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general»²⁸.

Tenemos que resaltar cómo en las palabras de Benedicto XVI que acabamos de citar está explícita la idea de un itinerario, de un camino de purificación del *eros*. Por tanto se trata de este camino de formación al que nos referimos desde el principio, de la educación en el amor, de aprender a amar.

Jesucristo es el camino de los novios, el maestro del amor. Los novios tienen que ir a la escuela de Cristo para aprender como discípulos el arte de amar. Tras ese encuentro personal con Cristo que da un nuevo horizonte a la propia vida y con ello una orientación decisiva comienza ese camino formativo para los novios, en que deben conocer a Jesucristo y conformar poco a poco su

²⁸ DCE 6.

corazón con el de Cristo para llegar a ser capaces de amarse como Cristo amó a la Iglesia.

Sabemos que este aprendizaje no es sencillo, y que este camino de formación requiere un gran esfuerzo. Es más, muchas veces los novios pueden quedar desconcertados como los apóstoles ante las exigencias del amor: «Dícenle sus discípulos: “Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse”. Pero él les dijo: “No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido”» (Mt 19,10-11).

En este momento es necesario volver al diálogo de Jesús con el joven rico para comprender la necesidad de la gracia. «El coloquio de Jesús con el joven nos ayuda a comprender *las condiciones para el crecimiento moral del hombre llamado a la perfección*: el joven, que ha observado todos los mandamientos, se muestra incapaz de dar el paso siguiente sólo con sus fuerzas. Para hacerlo se necesita una libertad madura (“si quieres”) y el don divino de la gracia (“ven, y sígueme”)»²⁹.

Por tanto, en este camino formativo es necesario el encuentro con Cristo, pero también que el corazón de los novios se abra al don de la gracia. En su proceso de purificación, el *eros* tiene que abrirse al *agape* y fundirse con él, la sexualidad humana dejarse conformar por su divino modelo; la carne –como diría Ireneo– tiene que dejarse plasmar por el Espíritu de Dios. El amor de Cristo sólo puede vivirse como don.

«Imitar y revivir el amor de Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas. Se hace capaz de este amor sólo gracias a un don recibido. Lo mismo que el Señor Jesús recibe el amor de su Padre, así, a su vez, lo comunica gratuitamente a los discípulos: “Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor” (Jn 15,9). El don de Cristo es su Espíritu, cuyo primer “fruto” (cf.: Gál 5,22) es la caridad»³⁰

²⁹ VS 17.

³⁰ VS 22.

Conclusión

Ante el horizonte que se abre a la vida de la persona en la experiencia del amor nos hemos acercado, con el joven rico, a preguntar a Jesús por el camino para alcanzar la felicidad. Hemos visto dos respuestas a esta pregunta sobre el bien que se encierra en el amor.

Hemos reflexionado en primer lugar sobre lo que Bauman ha llamado "amor líquido". Una relación que subordina todo a la satisfacción propia, haciendo así imposible tanto una relación personal como un camino de crecimiento en el amor simplemente porque no admite otra meta que la propia satisfacción.

Nos hemos acercado de nuevo a Cristo, que nos ha recordado la verdad del principio. La verdad de la persona remite entonces a un designio de Dios que es previo a su amor y a la vocación al amor como un dato originario en su propia vida. El amor de Dios revelado en Cristo aparece entonces como la luz que ilumina de modo decisivo la experiencia humana del amor.

El camino formativo de los novios cristianos requiere entonces la formación de una decisión personal de abrir su comunión a Cristo, su determinación a que Cristo sea la Ley de su amor, y por tanto a abrir también su relación a la acción de la gracia de Dios que es la que sana la dureza del corazón permitiendo a los novios vivir un "amor hermoso", que en el sacramento del matrimonio será participación sacramental del mismo amor de Cristo a la Iglesia.